

La expulsión de lo distinto, de Byung-Chul Han

Amparo Marroquín

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (El Salvador)

El neoliberalismo es cualquier cosa menos el punto final de la Ilustración. No lo guía la razón.

Byung-Chul Han.

El filósofo coreano Byung-Chul Han (Seúl, 1959) es uno de los autores más prolíficos de los últimos tiempos. Su estilo es particular, tiene a sus lectores acostumbrados a textos breves en los que ofrece pensamientos originales, en diálogo con sus maestros de filosofía, en especial, con Martin Heidegger. Provocador como pocos, se ha dado a conocer por textos como *La agonía del Eros*, *En el enjambre* y *Psicopolítica*, en donde cuestiona procesos fundamentales del capitalismo neoliberal en que vivimos. Si Han fuera un filósofo decimonónico es probable que hubiera escrito un largo y complejo tratado en el que, a través de mil

páginas expusiera sistemáticamente su visión de la vida. Sin embargo, en tiempos del Big Data, Han se ha decantado por pequeños ensayos en los que vuelve a señalar algunos aspectos esenciales de su pensamiento, a medio camino entre la racionalidad moderna occidental y la filosofía del budismo zen.

Su preocupación recurrente viene dada de la manera como el capitalismo y la revolución digital mantienen nuestra vida en una paradoja: por un lado se nos dice que somos libres, pero por el otro la *psicopolítica* utiliza su poder seductor, ese que Martel (2011) ha llamado *soft*

power, para conseguir que sea cada individuo quien voluntariamente se someta a la red de vigilancia y control en la que vivimos inmersos. Si bien, su visión hace parte de esa desconfianza un tanto apocalíptica hacia la tecnología, tan común en muchos pensadores actuales, su propuesta final en *La expulsión de lo*

distinto nos devuelve a una necesaria discusión ética.

La premisa que sirve como punto de partida a Han es que vivimos en el reino de lo igual. Las tecnologías actuales y el estilo de vida del capitalismo neoliberal tiene muchos dispositivos para *igualar los unos a los otros*:

Los tiempos en los que existía el otro se han ido. El otro como misterio, el otro como seducción, el otro como eros, el otro como deseo, el otro como infierno, el otro como dolor va desapareciendo. Hoy, la negatividad del otro deja paso a la positividad de lo igual. La proliferación de lo igual es lo que constituye las alteraciones patológicas de las que está aquejado el cuerpo social. (Han, 2017, p. 9).

A lo largo del texto, Han ilustra las consecuencias de lo digital que nos han llevado a este proceso de invisibilización de la diferencia, de homogenización. El primero tiene que ver con el código, con aquello que no vemos pero que está ahí. En el mundo digital, todo es numérico y por tanto igual. A través de una muy precisa serie de cálculos se programan a los buscadores, las redes sociales, los distintos portales para que nos llevan a lo igual. El *filtro burbuja* del algoritmo es un primer elemento. El término de “filtro burbuja” fue acuñado por el activista de Internet Eli Pariser, y se refiere a la manera como *Google* y ahora muchos otros portales están programados para recoger información sobre nuestros intereses, nuestras búsquedas, nuestros hábitos

y conseguir que poco a poco desaparezca aquello en lo que no hemos mostrado interés, y para que cada vez más lo que destaque sea afín a nuestro pensamiento. Nos muestran personas que piensan lo mismo que nosotros, que están afiliadas a las mismas instituciones que son importantes para nosotros y refuerzan la sensación que “somos muchos quienes pensamos igual”.

Esto tiene una consecuencia más compleja, continúa Han: se elimina la distancia. Todo se nos presenta como igual de lejos o de cerca. Todo está *a un clic*. Esta era digital elimina el rastro y el aura, señalará Han, citando a Benjamin en *El libro de los pasajes*: “El rastro es la manifestación de una cercanía, por muy lejos que pueda

estar aquello que lo deja. El aura es la manifestación de una lejanía, por muy cerca que pueda estar aquello que la irradia” (Han, 2017, p. 17). Para que exista lo cercano tiene que existir lo inaccesible, lo lejano, lo distante. Si todo está a *un clic* ya no hay nada que se encuentre fuera de nuestras posibilidades. Y si todo está aquí, ¿hay algo que pueda todavía mantener el aura? Aunque su visión resulta particularmente negativa en este punto, sucede, como sucedió antes con Jean Baudrillard, que es interesante mirar el lugar hacia el que apunta y que busca denunciar.

Frente a esta globalización a la que le es inherente una “violencia que hace que todo resulte intercambiable, comparable, igual” (Han, 2017, p. 23), surge en el capitalismo actual la violencia otra, la del terrorismo, la del rostro del enemigo, del totalmente otro. Sin renunciar a la polémica, Han vuelve hacia las acciones de Al-Qaeda y reflexiona sobre lo que en Occidente empuja a esta violencia. Pero también examina de esa violencia lo que sucede

cuando aparece el discurso nacionalista. Y desde ahí revisa ese intento de igualarnos negando la posibilidad de los inmigrantes y refugiados para llegar a su punto central: es el miedo a lo distinto lo que nos cierra a toda posibilidad de *hospitalidad*, en el sentido kantiano: “el grado civilizatorio de una sociedad se puede medir justamente en función de su hospitalidad” (Han, 2017, p. 35).

En el fondo, dirá Han, en este mundo digital hay un terror a lo distinto que es entonces lo auténtico. Lo que queda es la estética de la *selfie*, una especie de ocultamiento en el fondo del verdadero yo, con heridas y tensiones. “Las heridas son el reverso de los selfies” (Han, 2017, p. 45), pero nuestro tiempo tiende a negar las heridas, las diferencias, para volver al mundo de lo igual. Esto no puede evitar nuevas violencias que nacen del terror y, de nuevo, entonces vemos este pensamiento digital en donde la condena a toda violencia contiene un silencio que muchas veces no vemos:

En los tiempos actuales, que aspiran a proscribir de la vida toda negatividad, también enmudece la muerte. La muerte ha dejado de hablar. Se la priva de todo lenguaje. Ya no es un modo de ser sino el mero cese de la vida, que hay que postergar por todos los medios. (Han, 2017, p. 51)

El mundo digital ha transformado también la manera como los individuos construyen la noción de autenticidad, que se expresa a través

del consumo y es este consumo (en el universo de las selfies y las redes sociales), el que construye al sujeto narcisista, que para ser auténtico se

construye como igual al otro. En este universo discursivo no hay negatividad, ni existen sentimientos negativos, dirá Han.

¿Cuál es su propuesta reflexiva y hacia dónde deberían enfilarse nuestros esfuerzos para salir de la corriente de igualamientos que nos rodea? Han propone que frente a lo mismo debemos buscar lo otro, frente a lo cercano, lo lejano, ir más allá de “la sociedad del me gusta” para poder recuperar el asombro. Frente al discurso neoliberal de rendimiento y producción, el juego. Pero su propuesta más desarrollada en este trabajo será la de encontrar “el lenguaje de lo distinto” (Han, 2017, p. 95). Para ello hay que volver al arte que, como ya nos dijo Adorno, es capaz de hacernos encontrar “la extrañeza del mundo”. Por ello, frente a la rapidez de la red digital, propone recuperar la poesía, porque “el poema solo acontece en el encuentro con otro, en el misterio del encuentro” (Han, 2017, p. 101). Para ello, Han echa mano de Paul Celan: “El poema quiere ir hacia algo otro, necesita ese Otro, necesita un interlocutor” (Celan en Han, 2017, p. 101) y Emmanuel Lévinas: “ser atento es reconocer el señorío del otro” (Levinas en Han, 2017, p. 102).

Cierra su reflexión con un capítulo sobre “Escuchar”, que bien podría ser considerado como un manifiesto por

sí mismo: “en el futuro habrá, posiblemente, una profesión que se llamará oyente”, señala (Han, 2017, p. 113). La reflexión sobre la acción de escuchar implica una dialéctica importante: el ejercicio de quien escucha con un silencio hospitalario y la liberación del otro que se libera al hablar. Han sostiene que la misma escucha es ya una acción sanadora y por ello, propone una ética de la escucha:

La *pasividad de la paciencia* es la primera máxima de la escucha. El oyente se pone a merced del otro sin reservas. *Quedar a merced* es otra máxima de la ética de la escucha. Es lo único que impide que uno se *complazca de sí mismo*. El *ego* no es capaz de escuchar. (Han, 2017, p. 116)

Una apertura a lo distinto frente a la expulsión que hasta ahora el neoliberalismo digital ha impulsado. “La escucha tiene una dimensión política. Es una acción, una participación activa en la existencia de otros, y también de sus sufrimientos” (Han, 2017, p. 120). Es la escucha el espacio que devuelve a cada persona lo propio. Por eso la última frase de esta reflexión puede resultar para algunos tanto o más provocadora que la inicial: “A diferencia del tiempo del yo, que nos aísla y nos individualiza, el tiempo del otro crea una *comunidad*. Por eso es un *tiempo bueno*”. (Han, 2017, p. 123)

Referencias bibliográficas

- Martel, F. (2011). *Cultura mainstream. Cómo nacen los fenómenos de masas*. México D.F.: Taurus.
- Han, B-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.